



LAS ELECCIONES EN CATALUÑA

Horacio VAZQUEZ RIAL

Las características de la última campaña electoral, para el reemplazo de cargos municipales, y los resultados de los comicios subsiguientes, con el triunfo del PSC en tres de las cuatro capitales provinciales, han singularizado la situación de Cataluña en el mapa político español. Y esa singularidad se acentúa aún más cuando se consideran otros elementos definitorios del momento; a saber: es la autonomía en que menor ha sido el ascenso del PP; en el momento en que escribo estas líneas, es la única autonomía en que se ha alcanzado un acuerdo global entre los partidos de izquierdas para la distribución de alcaldías, y parece sumamente probable que siga siendo la única.

La fuerza política con la que la izquierda se ha enfrentado, la coalición Convergencia y Unión, organización nacionalista con importantes elementos democristianos, garantiza la gobernabilidad del Estado central con su apoyo parlamentario al Partido Socialista.

Por otra parte, la crispación que marcó la campaña en las demás autonomías, y muy especialmente en Madrid, pese al poder reproductor y unificador de los medios de comunicación, tuvo muy escaso eco en Cataluña. Los candidatos hicieron alarde de serenidad y mesura, y los votantes mantuvieron el tono bajo.

***Los resultados electorales en Cataluña
revelan la existencia de
una derecha e izquierda definidas,
conscientes y establecidas.***

A uno de esos pseudoanalistas políticos que el ascenso del PP en la prensa catapultó a la primera línea de la escena, se le ocurrió decir que esa discreción electoral se debía a lo borroso de las fronteras entre los dos mayores partidos locales. Según ese periodista, los socialistas catalanes son menos socialistas que los demás, y los convergentes están al servicio de Felipe González, con lo que las nociones de izquierda y derecha quedan difuminadas en estas tierras. En realidad, tanto los términos de la campaña como los cómputos finales revelan la existencia de una izquierda y una derecha definidas, conscientes y estables, con un trasvase mutuo de votos prácticamente nulo, y una constancia de resultados, de elección en elección, que asombra al observador.

El electorado catalán es altamente sofisticado, de modo que su constancia no se descubre sino a través de la lectura comparativa de resultados en cada tipo de comicio. Son constantes las proporciones en municipales, autonómicas y legislativas, aunque las cifras no sean idénticas entre sí. Votantes de los candidatos socialistas en los ayuntamientos y en las listas para el Congreso, dan su apoyo a Jordi Pujol —no a la coalición Convergencia y Unión, cuyo máximo dirigente, Durán i Lleida, aparece poco y sólo donde conviene, sino, personalmente, a Jordi Pujol— cuando de la Presidencia de la Generalitat se trata, por entender que la presencia de un nacionalista, representativo de intereses locales bien definidos, en ese puesto, es benéfica a la hora de reclamar para el ámbito autonómico competencias que los catalanes se consideran

capaces de gestionar por sí mismos, y que en muchos casos, una vez transferidas, serán administradas por cargos electivos de izquierdas.

Probablemente sea imposible comprender esas variantes si no se asume previamente que los contenidos del nacionalismo catalán no son, en su conjunto, esencialmente reaccionarios, pese a la dosis de irracionalismo que impregna toda opción de ese tipo. Es legítimo pensar que todo nacionalismo es, en última instancia, reaccionario, en la medida en que se inspira en un señalamiento de las diferencias, antes que un reconocimiento de igualdades entre seres humanos. Pero los nacionalismos tuvieron una función progresiva en la constitución de los Estados nacionales a lo largo del siglo XIX, y la tienen aún en el proceso de composición social de los países de inmigración, donde la absorción del inmigrante no pasa por su conversión étnica, sino por la aceptación y el ejercicio de determinados valores que se estiman fundamentales para el avance global de la sociedad de recepción. En ese sentido, el nacionalismo catalán es modélico: no plantea reclamaciones raciales ni de clase, pero sí exige la adopción de un credo de prosperidad y de una moral del trabajo. La manida fórmula según la cual “es catalán todo aquél que vive y trabaja en Cataluña”, con el acento puesto en el “trabaja”, resume muy bien el sentimiento local respecto del recién llegado, y el eje de las admiraciones catalanas respecto de otras sociedades. El “hecho diferencial catalán”, tan nombrado y tan poco explicado, descansa sobre una concepción ética con matices protestantes, que se percibe como muy alejada de la forma de existencia que, en el ámbito general español, ha dado lugar a una idea del mundo y un género literario que sólo tienen paralelo en la América hispánica: la picaresca.

Todos estos elementos están presentes en el electorado catalán, a la hora de escoger

una opción de gobierno para Cataluña y para España. Tal vez, si José María Aznar no se hubiese empeñado en extender su campaña presidencial a Cataluña, las cosas hubieran pintado algo –no mucho– mejor para su partido. Pero se empeñó en pasear su persona por el lugar, relegando a un segundo plano a los candidatos efectivos a las alcaldías, como ya había hecho en otras partes con mejor éxito. Hay que decir que, o no tuvo asesores adecuados para el caso, o no tiene asesores adecuados en general, o pretende moverse por sus propios medios cuando, en realidad, es hombre al que no se debe dejar solo en ningún sitio. Lo cierto es que su composición del papel de líder no fue brillante en lo que toca a este rincón de España. Desde su desafortunada y casi grotesca iniciación, contando chistes de catalanes en la cena que, para escucharle hablar de su oscuro proyecto económico, montaron los empresarios locales, hasta los exabruptos, amplificadas por la prensa, que su búsqueda de votos españolistas hizo a menudo inevitables. Los términos de la campaña, tal como se la planteó el PP, implicaban una reiterada apelación a los posos más ranciamente carpetovetónicos del alma de la derecha, y hubiese sido absurdo pretender que los ecos de esa exaltación no resonaran en toda España, incluida Cataluña, que oye la misma radio, ve la misma televisión y lee los mismos periódicos que los demás. ¿Cómo hablar en Valladolid de defensa del castellano, o condenar en Cáceres la política lingüística que los catalanes, con más o menos matices, eligieron desarrollar para sí, y pretender que no se sepa en Barcelona?

El españolismo es un ingrediente sustancial del discurso aznarista. Un españolismo antieuropeísta de Estado preautonómico, difícilmente compatible no sólo con la realidad plural de España, sino también con la letra y, sobre todo, con el espíritu de la Constitución. Un españolismo que cuestiona las leyes con arreglo a las cuales Rodolfo Martín Villa, que ahora milita en las filas del aznarismo, contri-

buyó como pocos a diseñar un mapa de nuestra convivencia. Y esto es así porque la derecha tradicional española carece de proyecto.

Al decir que la derecha tradicional española carece de proyecto no expreso una opinión: constato un hecho. Además, no se trata de un reproche a esta derecha. Forma parte de la condición de las derechas el carecer de proyecto, el desconocer el futuro. Las derechas, salvo honrosas y muy contadas excepciones, entre las cuales no figura la derecha heredera del franquismo, son la expresión política del deseo de perpetuación, y, las más veces, de profundización, del presente en cuanto estructura de desigualdad. Para asegurar esa perpetuación, los organizadores de las derechas eligen discursos que consideran aptos para cada periodo histórico. Con escasa originalidad, José María Aznar escogió el discurso del populismo oligárquico, en el que la tentación autoritaria queda en un segundo plano, y que tan generosos frutos rindió en su día a Lerroux y a Gil Robles. No ha de ser casual que los sucesivos gobiernos Lerroux–Sampere–Lerroux, sostenidos por la CEDA, se hayan enfrentado con la misma rabia virulenta a la Ley de Reforma Agraria, a la Revolución de Asturias y a la declaración del Estado Catalán.

El discurso del populismo oligárquico nunca fue bien acogido en la sociedad catalana. Ni siquiera el peronismo primario de Lerroux llegó a arraigar en el lumpemproletariado barcelonés, fascinado finalmente por el anarcosindicalismo. Entre otras razones, por

***Los contenidos del
nacionalismo catalán no son
esencialmente reaccionarios,
pese al irracionalismo que impregna
opciones de ese tipo.***

que el cuadro de clases en Cataluña está perfectamente definido desde mucho antes de la generalización de ese discurso, y excluye un elemento considerable importante para su formulación: una clase terrateniente absentista con inversiones dinerarias meramente especulativas, opuesta en su funcionamiento objetivo al desarrollo de la burguesía industrial y comercial. Es así que, por una parte, la clase dominante en Cataluña, una burguesía sólida y antigua, no tenía, en los tiempos del nacimiento del populismo oligárquico, demasiados intereses comunes con la clase dominante en gran parte del resto de España, la de los latifundistas; y por otra, la clase trabajadora de Cataluña tenía problemas propios, los de un proletariado en proceso de organización sindical y política, con significativa mayoría numérica en las industrias elaboradoras de materias primas, problemas muy distintos de los del proletariado rural, por supuesto, pero también muy distintos de los del proletariado empleado predominantemente en las industrias extractivas.

La Ley de Reforma Agraria apuntaba a la resolución de las desigualdades en el mundo rural. La Revolución de Asturias fue el estallido de la caldera de las desigualdades en el ámbito del capitalismo primario. La declaración del Estado Catalán fue una consecuencia de la desigualdad del desarrollo en distintas zonas de España: la clase dominante en España ahogaba el desarrollo de la burguesía catalana, y ésta respondía con un proyecto nacional independiente, respaldado por un proletariado capaz de ver su propia desgracia en la ruina de sus patronos. De ahí en más, y hasta la fecha, con diversas alianzas temporales y diversas rupturas con el conjunto, explotadores y explotados, patronos y obreros, libran en Cataluña una batalla propia.

Era imposible que el PP mejorase más sus resultados electorales en Cataluña. Si no ha alcanzado su techo, muy poco le falta. El PP representa una concepción del capitalismo especulativa y aislacionista (neutralista y

El Partido Popular representa una concepción del capitalismo especulativa y aislacionista, distinta del europeísmo de la burguesía catalana.

antieuropeísta), muy distinta de la que impulsa la vieja burguesía catalana, de vocación cosmopolita y resueltamente europeísta. Rasgos que acercan más, en el gobierno del Estado, al Partido Socialista que a la derecha. Los mismos factores que explican el limitado crecimiento del PP, explican el apoyo parlamentario de Convergencia y Unió al PSOE. Y contribuyen a explicar el inexplicable comportamiento de la izquierda local.

Anarquistas, socialistas y comunistas catalanes tuvieron el siglo XIX una conducta particular, distinta de la de sus homólogos en el resto del Estado, aunque sin quebrar nunca sus lazos de solidaridad con ellos.

El anarquismo catalán dio generosamente su sangre a la causa de la República. Fueron catalanes muchos de los principales cuadros, políticos y militares, del anarquismo durante la guerra, y en ninguna otra parte de España fueron tan numerosos los militantes de la CNT. En ninguna otra parte de España fue tan fuerte, tampoco, la FAI. Porque el anarquismo catalán era de vocación decididamente federalista, y se expresaba en su propia lengua. Las columnas anarquistas catalanas llevaban al frente sus nombres catalanes. Su internacionalismo no implicaba renuncia a la diferencia. Bien al contrario, implicaba su preservación, y la preservación del derecho a su ejercicio. El anarquismo catalán era la vanguardia del anarquismo ibérico, en la medida en que el capitalismo industrial catalán constituía una excepción a la regla del capitalismo espa-

ñol, atrasado, rural y extractivo. Y lo mismo sucedía con los socialistas y con los comunistas.

Pese a los brutales enfrentamientos entre sectores de la izquierda que tuvieron lugar en el curso de nuestra Guerra Civil —anarquistas y comunistas, anarquistas y poumonistas, poumonistas y comunistas, socialistas y comunistas—, debidos en su mayor parte al reflejo de la situación internacional sobre la española y, en menor proporción, a criterios divergentes sobre la oportunidad y el carácter de una revolución que todos sentían necesaria, el Frente Popular y las Juventudes Socialistas Unificadas fueron realidades incontables, producto de la generalizada convicción de la unidad última de la izquierda frente a un enemigo común. Una unidad de la izquierda que suponía proyectos diferenciados a largo plazo, pero también un prolongado camino compartido.

Ahora, después de la guerra fría, después del fracaso del modelo soviético, origen de tantos celos, cuando ese camino se muestra más extenso y compartido resulta más sencillo, como parece haberlo percibido la renaciente izquierda italiana, el abismo entre las izquierdas españolas se ha ahondado. Hace quince años, tan solo quince años, amenazantes editorialistas de la prensa de derechas de toda la vida advertían a socialistas y comunistas españoles contra la “tentación frentepopulista”, vinculando, de paso, aviesamente, al acuñar la fórmula, a la izquierda con el populismo. Ahora, aquellos inquietos intelectuales

***La izquierda catalana es flexible,
con proyectos a corto y medio plazo,
y una gran capacidad
de alianza coyuntural
con distintas fuerzas políticas.***

orgánicos de los poderes fácticos respiran con tranquilidad: la izquierda de la izquierda —al menos, así lo afirma su máximo dirigente— nada quiere saber, no ya de frentes populares, sino de pactos de gobernabilidad para cerrar el paso de la derecha hacia las instituciones del Estado. No puede haber, dice Julio Anguita, pactos globales con un partido como el socialista que, dice Julio Anguita, ha hecho una política de derechas durante doce años. No es el caso discutir aquí la política del PSOE en el poder. Pero sí es del caso subrayar lo que, obviamente, se desprende del enunciado del coordinador de Izquierda Unida: que es preferible que el PP irrumpa y campe por sus respetos en alcaldías y gobiernos autónomos, y a medio plazo en La Moncloa, a que conserven la gestión aquellos con quienes cabría negociar programas comunes de progreso. Es posible que la cadena con que Julio Anguita pretende atar a los militantes y candidatos de su coalición se rompa, en el mejor estilo leninista, por el eslabón más débil: el de la decisión de aquellos que acaban de tocar con las manos el cielo de la alcaldías de importantes capitales de provincias, y que sólo necesitan, para empezar a mandar, el reconocimiento y el apoyo de los socialistas.

Pero ni esa exigencia a los candidatos, ni ese rechazo sistemático de una posible unidad, se plantean, ni pueden plantearse, en Cataluña, donde ya se ha fijado un acuerdo global de apoyo mutuo ante la lista más votada en cada ayuntamiento. Acuerdo que no hace más que formalizar algo que los electores sabemos desde siempre: que en Cataluña la izquierda se enfrenta a la derecha, que para la alcaldía de Barcelona lo relevante no es votar a Pasqual Maragall o a Eulalia Vintró, sino a la izquierda, porque ha sido un gobierno municipal de participación el que ha transformado la ciudad, y que lo mismo podría ocurrir mañana en el gobierno autonómico si el señor Pujol cometiera el único verdadero error que podría cometer: aliarse con el PP, invalidán-

dose definitivamente como representante de los intereses generales de Cataluña en el Estado.

En Cataluña, la unidad de hecho de la izquierda es muy antigua. La izquierda catalana es una izquierda flexible, con proyectos precisos a corto, medio y largo plazo, y con una gran capacidad de alianza coyuntural con distintas fuerzas políticas. Esas características la hicieron particularmente eficaz en la lucha contra la dictadura franquista y en el proceso de restablecimiento de la democracia. Pero esa flexibilidad y esa capacidad de alianza nacen de una sólida y bien establecida identidad, condición sin la cual es harto improbable prosperar en el terreno político.

Ni los comunistas ni los socialistas han dejado de serlo en Cataluña, ni corren el riesgo de dejar de serlo, porque su posición se ve constantemente sometida a la prueba de la realidad inmediata. Los comunistas catalanes se organizaron desde muy temprano en el Partido Socialista Unificado de Cataluña, solidario con el Partido Comunista de España y defensor de sus tesis programáticas, pero nunca parte de él. El grupo parlamentario comunista en el Congreso, mientras existió, mantuvo la vigencia de ambas siglas: PCE-PSUC. Las especificaciones de la historia comunista después de la desaparición o la red denominación de los partidos correspondientes, convirtió al PCE en IU, y al PSUC en Iniciativa por Cataluña, coaliciones solidarias en general, pero con muchos menos rasgos comunes que los partidos que las precedieron.

El PSC no es visto por los electores como un partido condicionado por el PSOE, y así se mantiene al margen de muchos problemas de éste en el resto de España.

El nacimiento de IU supuso la extinción en la práctica del PCE, aunque Julio Anguita, de tanto en tanto, para serenar los ánimos de los viejos militantes, reivindicó su pertenencia a una ya fantasmal organización de ese nombre. El nacimiento de IC supuso la reconversión del PSUC en un partido más abierto, capaz de incorporar a su programa y a su acción reivindicaciones tradicionalmente ajenas al proyecto comunista; un partido nuevo, pero que no desmiente sus orígenes ni reniega de ellos; un partido que se sitúa a la izquierda del Partido Socialista por la mayor radicalidad de sus planteamientos, pero que no niega la condición izquierdista de los socialistas. El voto de IC no es, no puede ser, por razones históricas, un vago voto antisocialista, de castigo por no se sabe bien qué pecados. El enunciado de campaña, tal como ha sido entendido y difundido por candidatos, militantes y simpatizantes de IC, es claro: queremos formar parte del gobierno municipal junto con los socialistas, si son los más votados, para impulsarlos a radicalizar su acción de gobierno; y, si somos nosotros los más votados, para que nos ayuden a realizar aquellas partes de nuestro programa que puedan compartir. Un enunciado independiente del de IU, y hasta opuesto a él.

Tampoco el PSC, aunque su nivel de integración en el PSOE sea mayor que el de IC en IU, es visto por los electores como un partido condicionado por otro mayor. Eso mantiene al PSC al margen de muchos de los problemas que afectan al PSOE en el resto de España. Así como a nadie, ni a propios ni a extraños, se le ocurriría en Barcelona decir que Pasqual Maragall es un candidato de derechas—cosa que sí se permiten decir algunos sobre candidatos socialistas fuera de Cataluña—, a nadie se le ocurriría, pese a la presión de los medios de comunicación, vincular su imagen, o la de Raimon Obiols, con escándalos como el de Luis Roldán o el de Mariano Rubio. No cabe proponer aquí lo que la derecha ha propuesto como fórmula de campaña para el Estado: que los socialistas han dejado de ser

socialistas. Los votantes catalanes, más allá de cuál sea su opción política, tienen claro que los comunistas son comunistas, y los socialistas, socialistas, y los convergentes, convergentes, y qué significa cada uno de esos términos, antes, ahora y después, y qué es lo que se puede emprender mancomunadamente y qué no lo es.

Aunque a algunos pueda parecerles así, lo que estoy describiendo no es un paraíso. Es únicamente un lugar del mundo donde hay una izquierda y una derecha definidas. Y no las hay porque haya ocurrido un milagro de comprensión, ni porque los catalanes estén intelectualmente mejor dotados que otros para la vida política, sino porque aquí el capitalismo llegó antes y se desarrolló antes, y la burguesía catalana es vanguardia de la burguesía española, y, en consecuencia, las clases medias y obreras son vanguardia de las clases medias y obreras de España, y tienen, una visión más clara de su propio destino, de sus propios derechos, de sus propias conquistas y, en general, sin ninguna duda, de su propio pasado.

No hay mejor garantía de una izquierda sana que una burguesía consolidada y con un proyecto de crecimiento. Una burguesía a la que sus intereses objetivos sitúan a la derecha en el espectro político, pero a la que esos mismos intereses imponen la necesidad de un

***No hay mejor garantía
de una izquierda seria
que una burguesía consolidada
y con un proyecto de crecimiento.***

progreso que afecta al conjunto de la sociedad, y cuyos términos deben ser pactados. Las izquierdas, representantes de un proyecto igualitario, luchan por determinar las condiciones del desarrollo, pero no necesariamente, a menos que ocupen el poder institucional —y, aun así, no siempre—, deben generarlo. En Cataluña están sentadas las bases de una creación más o menos constante de riquezas, y hay una coincidencia general en torno de los factores que permitirán incrementarla en el porvenir inmediato: una mayor y mejor integración en Europa, una participación real en el gobierno del Estado y en el ordenamiento legal de la economía, un decidido avance tecnológico y otros. El debate electoral entre derecha e izquierda se centra en la forma de gestión de las consecuencias sociales de ese incremento de la creación de riquezas, desde la fiscalidad y su administración más o menos equitativa, hasta el problema del empleo.